

SITUACION BIOPSIKOLOGICA DE LA ADOLESCENCIA

Por el Ldo. *Manuel Luis Escamilla*

En realidad, es bastante hipotético aceptar la afirmación de que el cambio de la fisiología infantil en fisiología juvenil es el límite inicial de la adolescencia. Con todo, éste es el único signo orgánico visible. En efecto, la adolescencia —que etimológicamente quiere decir crecimiento— se la confunde a veces con la pubertad, (que viene de púber, y ésta a su vez de pubis: porción anterocentral del hueso ilíaco) porque un carácter morfológico propio de la edad consiste en el apareamiento de vellosidades en la región pubiana. No obstante, no es tan simple rasgo el que tipifica la iniciación de la adolescencia. Esta edad es un estado que participa no sólo de los cambios orgánicos a que se refieren los fisiólogos, sino también de novedades psíquicas fundamentales. Más aún, los problemas psíquicos son decisivos para el futuro de la persona humana y constituyen la fuente y raíz de los más serios estudios del conocimiento del hombre.

A partir de la nueva corriente psicoanalítica de Alfredo Adler se sabe, además, que el ser sexual está latente desde la infancia y que la pubertad es simplemente la época de maduración.

Las grandes teorías de la adolescencia pueden resumirse en dos corrientes: el naturalismo fisiológico que alcanza su más alta expresión moderna en Ziehen y el psiquismo puro, brillantemente representado por Eduardo Epranger. La primera tesis, la biológica de Ziehen, intenta explicar la vida psíquica como una “función” de lo orgánico. La idea de Adler es paralela con la de Ziehen.

Todo adolescente quiere participar en forma activa en la vida sexual, esto es lo orgánico. Pero también en todo adolescente hay una temática psíquica que poco tiene que ver con lo orgánico, como la afirmación existencial, la revaloración del mundo, la proyección al futuro, la categorización y estructura del yo, etc.; estos son los contenidos asenciales de la adolescencia. Por lo tanto, los fenómenos orgánicos (apareamiento de las

funciones sexuales) deben verse como un signo más o menos seguro de la iniciación de la edad puberal, pero además, como el arranque de todos los contenidos psíquicos que la caracterizan. Las funciones orgánicas son a la manera de marco en el cual los rasgos psicológicos tienen que operar; al fin y a la postre, la edad puberal no es más que un estado de tránsito entre la psicología del adolescente y la del adulto.¹

A los 15 años la preparación del organismo desde el punto de vista puramente biológico está terminada; pero a la misma edad sólo se principia la formación psíquica que hará más tarde el estado que llamamos adultez. Recordemos, por lo demás, que en la evolución de lo biológico —por fuera de los cambios sucesivos propios de la curva del metabolismo orgánico— sólo hay dos aspectos de importancia: la morfofisiología de la infancia y la morfofisiología de la juventud. Todo lo demás es desenvolvimiento. En cambio, dentro de las edades psicológicas, puede haber y hay distancias tan grandes, que con toda razón se habla de una psicología parvularia, infantil, juvenil, de la madurez y hasta de una psicología de la senilidad. Esto, en el terreno puramente descriptivo de las edades. En cambio, dentro del terreno biológico, la plenitud del estado orgánico se alcanza en la adolescencia. Todo lo que viene más tarde es una especialización funcional a partir de lo que ya se alcanzó.

Biológicamente hablando, se es infante, o no se es. En cambio, desde el punto de vista de la Psicología, la distancia que separa una edad de otra llega a ser tan precisa y diferente, que hasta pueden presentar características polares: tal el caso de la psicología infantil comparada con la psicología de la pubertad por ejemplo. Ya veremos más adelante cómo la psicología de la infancia es una forma de comportamiento espacial, y cómo la psicología de la adolescencia es una forma de comportamiento temporal. El espacio es el marco de la psicología infantil y el tiempo lo es de la psicología de la adolescencia.

El apareamiento de los fenómenos sexuales en los púberes (poluciones nocturnas en el varón y menstruación en la hembra) no tiene pues una edad fija. Esto depende de muchos factores determinantes como la raza, el clima, la alimentación, el tipo de sociedad cultural y la mayor o menor sensibilidad del sistema nervioso. Los adelantos o retardos no son considerables en cuanto al tiempo, pero sí de gran estimación para diferenciar las edades según el marco geográfico y racial en que tales edades están en desenvolvimiento.

Nadie está en capacidad de asegurar la edad fija en que la hipófisis desprende la primera estimulina sexual; esto ocurre en la adolescencia decimos, pero no sabemos con certeza el momento en que se produce.

De acuerdo con la tesis del doctor Mira, parece ser que el sistema nervioso de la raza blanca es muchísimo más sensible que el de las demás

razas. En efecto, los estudios de Tcsing demuestran que el negro tiene un tiempo sexual muchísimo más largo que el blanco, por ejemplo; el blanco por su parte sufre mucho más que el negro los dolores del tatuaje, justamente por su mayor sensibilidad.²

Según Mira, entre los tipos de raza blanca es la judía la más sensible, por su propensión a la vida interior y “por su inquietud afectiva”.³ En consecuencia, los fenómenos orgánicos con los cuales se inicia la vida puberal pueden aparecer más temprano en los adolescentes de raza blanca.

El clima opera sobre el sistema nervioso, desde el punto de vista de la madurez sexual, al revés de lo que la reflexión ingenua prevee. Los niños de climas fríos, tal como lo han observado todos los sexólogos, presentan los cambios orgánicos de la vida puberal antes que los de climas calientes. Una niña esquimal menstrua más pronto que una niña tropical. Ahora bien, lo que hace aparecer más adelantadas a las razas de climas calientes, es la relación *intencional sexual* —que no es relación efectiva— que proviene del atuendo, muchísimo más ligero y frágil y transparente que el usado por las hembras de climas fríos. En efecto, el traje en uso por el adolescente tropical permite una visión mejor de las formas somáticas que el traje en uso por los púberes de climas fríos; y como ocurre que el aparato psíquico se *insinúa* antes de su formación, el adolescente tropical aparece preparado antes para la función sexual que el púber de clima frío. Pero esto no es más que la apariencia. Lo que efectivamente se prepara primero es la *relación intencional* de los sexos; vale decir, el acercamiento polar de las edades. En el trópico, el adolescente entra en relación intencional antes que en los climas fríos; pero esa relación no es desde el punto de vista psicológico y somático, efectiva. Mi hijo mayor ha empezado esta relación intencional dos meses antes de cumplir los 15 años.

El clima es operante, indudablemente, pero no de una manera siempre válida; es preciso tomar nota de las diferencias individuales. Por regla general, el clima frío adelanta el apareamiento de las funciones sexuales y el clima tórrido las retarda. Pero puede ocurrir que dicha regla no sea válida, si se toma en cuenta el temperamento por ejemplo. No obstante, la mayor oportunidad que tiene el adolescente tropical de estar en contacto con los rasgos morfológicos del sexo contrario, hace desaparecer cualquier impulso de curiosidad que empuje el apareamiento de las funciones más tempranamente que en los climas fríos, en donde las cosas son precisamente al revés. De todas suertes, siempre hay que considerar como de mayor influencia a la raza.

Si hay diferencias notables entre el apareamiento de los caracteres sexuales dentro de la adolescencia, tales diferencias están más acordes con la raza que con el clima. El clima es importante porque la conducta frente a él es siempre consecuente; sin sufrir modificación substancial alguna, el

hombre se adecua al clima. Pero la raza es algo que está en el centro mismo de la manera de ser del hombre; es una forma modal de la biología y psicología humana. Por lo tanto, la raza sí es, tal como lo asegura el Dr. Mira, un determinante efectivo de los caracteres sexuales.

La alimentación es otro factor de importancia. Los escolares norteamericanos sometidos a nuevos criterios nutricionales procedentes del adelanto de la Dietética, han alcanzado ya una mayor altura y peso que las generaciones pasadas.

Nosotros mismos, en la América Latina —y no precisamente por razones dietéticas— podemos notar el sensible aumento de los poderes somáticos de la juventud actual. El deporte, generalizado ya en todas las clases sociales, debe tener, seguramente, una influencia grande en este fenómeno. Por lo tanto, no es posible establecer una edad “standard” para el apareamiento de los fenómenos puberales de la adolescencia.

PRIMEROS RASGOS DEL CAMBIO PSIQUICO

Las reacciones o respuestas al apareamiento de los caracteres sexuales secundarios (en el varón: voz ronca y fuerte, anchura de hombros, mayor dureza del sistema neuromuscular, barba, etc; en la hembra: formación y crecimiento de los senos, mayor anchura de la pelvis, apareamiento de los panículos adiposos que dan formas suaves al cuerpo, etc.) son distintas según los sexos. Las niñas, frente a los caracteres sexuales secundarios, se comportan en forma contemplativa. Vigilan el estado de su piel, especialmente la de la cara. Observan comparativamente la delgadez de su cintura, y viven, en fin, prendidas de sí mismas, en arrobadora admiración o en angustia. El varón en cambio dirige sus miradas especialmente a los músculos y a la fuerza. No le preocupa el espejo más que cuando cree tener defectos orgánicos. Todo cambio somático lo concibe como una muestra de fuerza y poder. No obstante, ambos sexos presentan un fenómeno común: la angustia de esa contemplación.

Ya hemos dicho que adolescencia quiere decir crecer. Ahora deseamos agregar que la verdadera acepción de la palabra latina (*adolesco*) quiere significar, *el que tiene la actitud de estar creciendo*. Y, efectivamente, los adolescentes vigilan el crecimiento en una forma constante y penosa. Constante, firme es el examen a que se someten, y siempre en la misma forma: lo que el varón le encanta —cualquier signo orgánico de poderío— a la hembra le asusta y al revés. Cuántas frases pueden recogerse que indican esta constante preocupación: “tengo las piernas bien formadas, pero mis pies son horribles, por eso me metí corriendo al agua”⁽⁴⁾; “daría 10 años de mi vida por tener pelo negro y verme libre de estos dedos que parecen salchichas”;⁵ “acepto todo de la vida, menos la desgracia de tener barros

y la incompetencia de los médicos para quitármelos".⁶ En fin, tanto para el varón como para la hembra, crecer es estar en constante examen de ese crecimiento.

Todos los adolescentes temen la deformación corporal y sufren vigilando el grado de su desarrollo, porque ya se desprendieron del apego de la familia o de la dependencia del hogar, y se consideran incorporados plenamente a la sociedad dentro de la cual no desean aparecer con formas ridículas o minusválidas. Ningún adolescente varón quiere aparecer encenque, así como ninguna muchacha quiere ser fea. Si lo son, sus escapes naturales entran en el dominio de lo fantástico. Sus castillos diarios se refieren siempre a lo que desearon ser: bonitas las niñas y fuertes los varones. Entra en juego la vida ficcional.

Podríamos anotar aquí infinidad de frases lapidarias contra los padres por la "culpabilidad" de haber dado hijas feas o hijos contrahechos o débiles; frases que indican la profunda amargura que poseen los púberes que positivamente creen ser desgraciados para toda la vida. Inclusive conocemos casos de adolescentes que atentaron contra su existencia por esas razones, o que faltaron a sus padres en una forma grosera y bárbara. Pero es esa precisamente la tragedia somatopsíquica de la adolescencia.

De tal manera que el primer momento del drama biopsíquico de la edad juvenil se inicia con la espectación atenta de los caracteres sexuales secundarios y la vivencia de los caracteres primarios. Alcanzar la plenitud sexual es importante, pero lo es más, para el adolescente, el carácter con que aparece. Los fenómenos sexuales primarios y secundarios se presentan como formas de la vida orgánica, pero acarrear actitudes immanentes de orden psíquico que son el fundamento de la vida espiritual.

Si los caracteres sexuales no fueran aparejados a *actitudes de conducta*, no existiría psicología de la adolescencia: La psicología de la adolescencia principia entonces con las *actitudes* que acarrear los fenómenos orgánicos sexuales, por más que para la vida de la especie tengan estos una mayor importancia que aquéllas.

La vigilancia del crecimiento, del acto de crecer a que se refiere el sentido etimológico de la palabra adolescente, no se enfoca a los progresos orgánicos, simplemente o sin sentido; al contrario, el progreso orgánico tiene un sentido específico: *el poder y la gracia*.

El examen de los progresos orgánicos está encaminado al mantenimiento y avance del *poderío* y de la *gracia*. La sola razón biológica del progreso orgánico no establece ninguna psicología. El rasgo psicológico principia a partir de los progresos orgánicos, cuando ya estos progresos tienen una dirección.

Un infante crece también de la misma manera que crece un adolescente; pero la *actitud* del infante está prendida de otros intereses: la fuerza

y la gracia le son indiferentes. Otras son las preferencias de la infancia. En cambio, el primer acto del drama de la edad puberal está establecido por los límites de la acción simpática que se da entre los caracteres sexuales secundarios, y la aceptación o rechazo de tales caracteres.

El carácter sexual primario y el secundario adquieren un sentido teleológico o más bien teleoclino, son para algo: ya hemos dicho que ningún adolescente quiere aparecer débil y contrahecho, fea o poco graciosa. La principal preocupación pues está regida por la adquisición de poderes de fuerza y de gracia. El examen de la forma de adelanto del desarrollo orgánico, se condiciona ya por una idea: la fuerza o la gracia. De aquí en adelante, atravesado este primer momento, ya no habrá más adquisiciones biológicas con sentido psíquico; el acto psíquico devendrá dentro de su propia naturaleza. Pero en este primer momento lo psíquico se inicia sobre la constitución orgánica sexual. Lo orgánico es el marco sobre el cual se levanta la actitud.

Lo que se acepta o rechaza tampoco es de carácter orgánico puro; se rechaza la causa por el fin no alcanzado. Pero la tilde está en el fin. La expectativa tiene como objeto, el fin. Si la adolescencia se iniciara sólo en el campo orgánico, sin posibilidades de cambio dentro de ese campo, entonces la angustia de que habla Aníbal Ponce carecería de sentido, pues sería extraña a la esperanza. Pero la idea de fin hace que el adolescente influya en los cambios orgánicos posibles de cambio. ¿Es débil? Pues emprende esperanzado la conquista de la fuerza.

Se vigila pues el carácter sexual secundario, pero se hace en cuanto a fin. El campo de la idea se independiza del terreno biológico. El terreno biológico queda como campo crítico: se valora, estimándolo o no; pero ya no es él más que la causa condicionada por un fin. Si lo biológico fuera fin en sí mismo, la adolescencia se iniciaría de otro modo o en un esquema distinto del somático. Pero ocurre que los poderes del espíritu van a crear formas de vida nueva, y aquello, lo somático, es una de esas formas. La idea de fin: poder y gracia, condicionan la actitud de estar en constante crecimiento.

Es pues mucho más importante el carácter secundario sexual que el primario, porque la idea de fin tiene su causa allí. Bien es cierto que en la adolescencia no puede descartarse el sentido de la paternidad; pero dicho sentido opera mucho más dentro de la apariencia de la figura, que dentro de las formas mismas y puras de la vida sexual. La preocupación del fin se dirige a los caracteres formales del cuerpo: la figura femenina debe responder a la idea de gracia; la masculina obedece a la idea de poder.

El primer momento del drama es casi siempre de sorpresa y de temor (es cuando el adolescente se da cuenta de que ya está preparado para la vida sexual). La niña, especialmente aquella que ha nacido en un medio

de poca cultura o en una atmósfera mística, sufre un verdadero trauma psicológico al estar frente a frente al fenómeno que desconoce, pero que intuye anormal, o por lo menos fuera de los sucesos cotidianos. Sufre porque teme la consulta con su madre, quien a la suma indica formas mínimas de higiene, casi siempre impregnadas de creencias y costumbres exóticas.

La niña se considera impura y desgraciada y vive en constante temor de espera. Este es el primer acto del drama somatopsíquico de la niña, primer acto que a veces se eterniza en la vida total de la mujer. Cuántas mujeres hay que reniegan de su sexo por la sola existencia de los fenómenos menárquicos!

En el varón, el primer acto del drama se inicia con la curiosa observación, pero observación desazonada, de los momentos de ansiedad, desesperación, angustia, propios del estado eléctrico previo a las primeras poluciones. Aquello no se había presentado nunca espontáneamente y debe tener un sentido, una respuesta. Y la respuesta viene... sólo que con ella se ha estremecido el soma entero. La primera actitud es de desconcierto y temor. El varón tiene, no obstante, la ventaja de no creerse pecaminoso, sino, en casos especiales, impuro, amén de una mayor accesibilidad a la consulta. Su problema es consultado casi siempre con sus compañeros mayores, quienes lo resuelven en forma corriente, pero con argumentos indicativos de la capacidad varonil.

Y de este primer acto del drama de la vida puberal se inicia la más honda diferencia entre una niña y un varón. La niña llega tarde a lo que podríamos designar la preocupación maternal; en cambio el varón se sabe ya preparado para la paternidad.

La tilde del primer acto del drama en el varón es la satisfacción angustiosa de estar preparado para ser padre, con las consecuencias psíquicas naturales que más adelante explicaremos. En la niña la tilde se coloca en un cierto terreno ético —herencia de la filosofía cristiana— en que la pecaminosidad juega un papel preponderante. La carrera, pues, empieza por caminos distintos, aun y cuando esos caminos se encuentran casi inmediatamente.

El poder, la gracia y la conciencia de la paternidad, son los elementos más importantes del estado biopsíquico con que la adolescencia principia.

1 En este ensayo usamos las palabras adolescencia, pubertad y juventud, como si fueran sinónimos. Mantenemos sin embargo el rigor científico cuando se trata de señalar sus limitaciones.

2 Tessing Th.: *La Sexualidad en el Universo*. Editorial Labor 1935.

3 Mira y López E. *Psicología evolutiva del niño y el adolescente*. El Ateneo, B. A.

4 Del Diario de una señorita de Cursos Superiores de una Esc. Normal.

5 Muchacha de 14 años de la Esc. del Trabajo de Barcelona. Mira y López. Op. Cit., pág. 198.

6 Del Diario de una Srita. que realiza estudios de magisterio.